

Juana, la intrépida capitana

Adela Basch



loquelego

Handwritten text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is mirrored and difficult to decipher but appears to contain several lines of script.

Vertical handwritten text on the left margin, possibly a page number or a reference code.

Handwritten text at the bottom center of the page, possibly a signature or a date.

OBRA EN CINCO ACTOS

Personajes

ACTRIZ

ACTOR

SOLDADITO

JUANA AZURDUY

MATÍAS AZURDUY, PADRE DE JUANA

MUJERES Y HOMBRES ABORÍGENES

VECINOS

JUANA AZURDUY NIÑA

FUNCIONARIO DE LA COLONIA

TÍA DE JUANA

TÍO DE JUANA

VOCES EN OFF

JUANA AZURDUY ADOLESCENTE

NOVICIA

GENERAL REALISTA

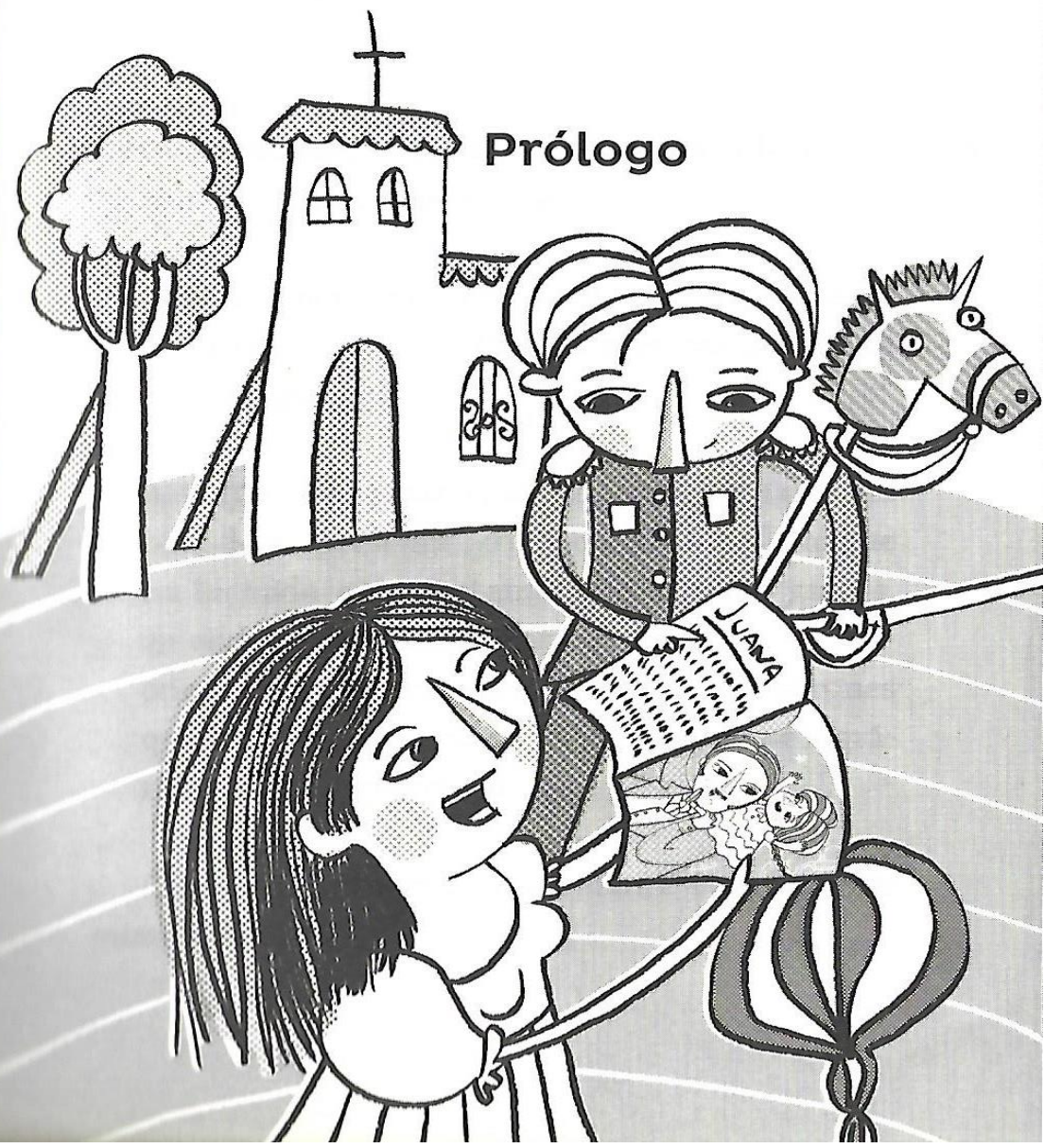
JOSÉ CONDORCANQUI

MANUEL PADILLA

AMIGA DE JUANA

POBLADORES
SOLDADOS REALISTAS
COMPAÑEROS DE BATALLA DE JUANA Y MANUEL
MANUEL BELGRANO
NIÑOS Y NIÑAS
LA MUERTE
MUJER
SIMÓN BOLÍVAR
ANTONIO JOSÉ DE SUCRE
FUNCIONARIOS 1, 2 Y 3
SECRETARIA

Prólogo



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

(Se abre el telón).

ACTRIZ Y ACTOR.— ¡Ya mismo comienza la acción con esta especial presentación! 11

(En el escenario hay varios carteles en los que se lee “El Grupo de Teatro la Altiplana presenta Juana, la intrépida capitana”).

SOLDADITO.— Estimado público, estoy ante ustedes para decir “presente”, como humilde soldado que ha luchado entusiastamente, para que juntos, en esta fecha sobresaliente, recordemos a la patria y a sus hijos valientes. Sí, a aquellos varones que lucharon con uñas y dientes para que lográramos ser independientes.

(El actor y la actriz se asoman e intercambian miradas burlonas).

ACTRIZ.— (*Al Soldadito*). ¡Eh! ¿Qué le pasa? ¿No conoce alguna rima diferente? ¿Va a estar toda la vida diciendo palabras que terminen en *ente*?

ACTOR.— Por si necesita más, le puedo decir “reviente, indecente, miente, cuente, fuente, siente”.
¡Pero basta! ¡Ya tuvimos suficiente!

SOLDADITO.— (*Sin prestarles mucha atención*). Sí, exactamente. Gracias por recordarme la letra.
“¡Pero basta! Ya tuvimos suficiente de este régimen indeseable y dependiente”, fue lo que dijeron los hombres sobresalientes, mientras se convertían en bravos combatientes que lucharían por su terruño sufriente.

ACTRIZ.— (*Se acerca al Soldadito y le cubre la boca con las manos para callarlo*). Oiga, Soldadito, de verdad, mucho lo lamento, pero si sigue así, el público se va a morir de aburrimiento. Si vuelve a decir otra palabra terminada en *ente*, ¡voy a averiguar dónde hay una guerra para mandarlo al frente!

ACTOR.— Usted está abusando de nuestra paciencia; y además parece que también olvidó que hoy presentaríamos la vida de una mujer a la que todavía ni siquiera nombró. Una mujer que con

toda su fuerza, su capacidad y su voluntad hizo grandes aportes a la lucha por la independencia.

SOLDADITO.— ¿Una mujer que hizo grandes deportes?

ACTRIZ.— ¡No! Una mujer de porte, de porte valeroso y con un amor a la libertad sincero y poderoso.

SOLDADITO.— Pero yo pensé que íbamos a...

ACTOR.— Jovencito, ya escuchó a la señora. Somos nosotros los que actuaremos ahora.

SOLDADITO.— Pero, pero, pero... las mujeres...

Las mujeres son, son, son seres...

ACTRIZ.— ¡No me diga! ¡Así que las mujeres son seres! Me sorprende. ¡Albricias! ¡Chocolate por la noticia!

SOLDADITO.— Yo iba a decir que las mujeres son seres que se quedan en la casa tejiendo y comiendo chocolate y que no participan en los combates.

ACTRIZ.— ¡Ah! ¿Sí? ¡Pues sepa que no siempre es así! En esta obra, yo hago el papel de Juana Azurduy. Fue una mujer, y sin embargo fue muy... muy... muy... ¡muy!

SOLDADITO.— ¿Muy qué?

ACTRIZ.— Muy íntegra, muy luchadora y muy valiente. Y cuando hubo que dar combate en defensa

de la libertad, ella también se hizo cargo con mucha efectividad. Bebió más de un trago amargo y soportó los embates, que siempre fueron muy fuertes, de los que se oponían a los insurgentes y a toda la pobre gente que moría de necesidad.

14 SOLDADITO.— ¿Eso realmente es verdad? ¿Las mujeres no se dedicaron siempre a la cocina, a preparar sopas, guisos y tortas de harina, a la costura, la limpieza y el bordado, a los niños y a su cuidado?

ACTOR.— Jovencito, ¡su desconocimiento es una vergüenza! ¿No sabe que Juana luchó mucho por la independencia?

SOLDADITO.— No.

ACTOR.— ¿Usted sabe que el general Belgrano le entregó su espada?

SOLDADITO.— ¿A quién? ¿A Juana?

ACTRIZ.— ¡Sí! La verdad es que usted no sabe nada. ¡Mucho uniforme, mucho uniforme, pero su ignorancia es enorme!

SOLDADITO.— Por favor, comprendan mi caso, estoy dando los primeros pasos. Sé que mi formación tiene limitaciones y les ruego que me perdonen.

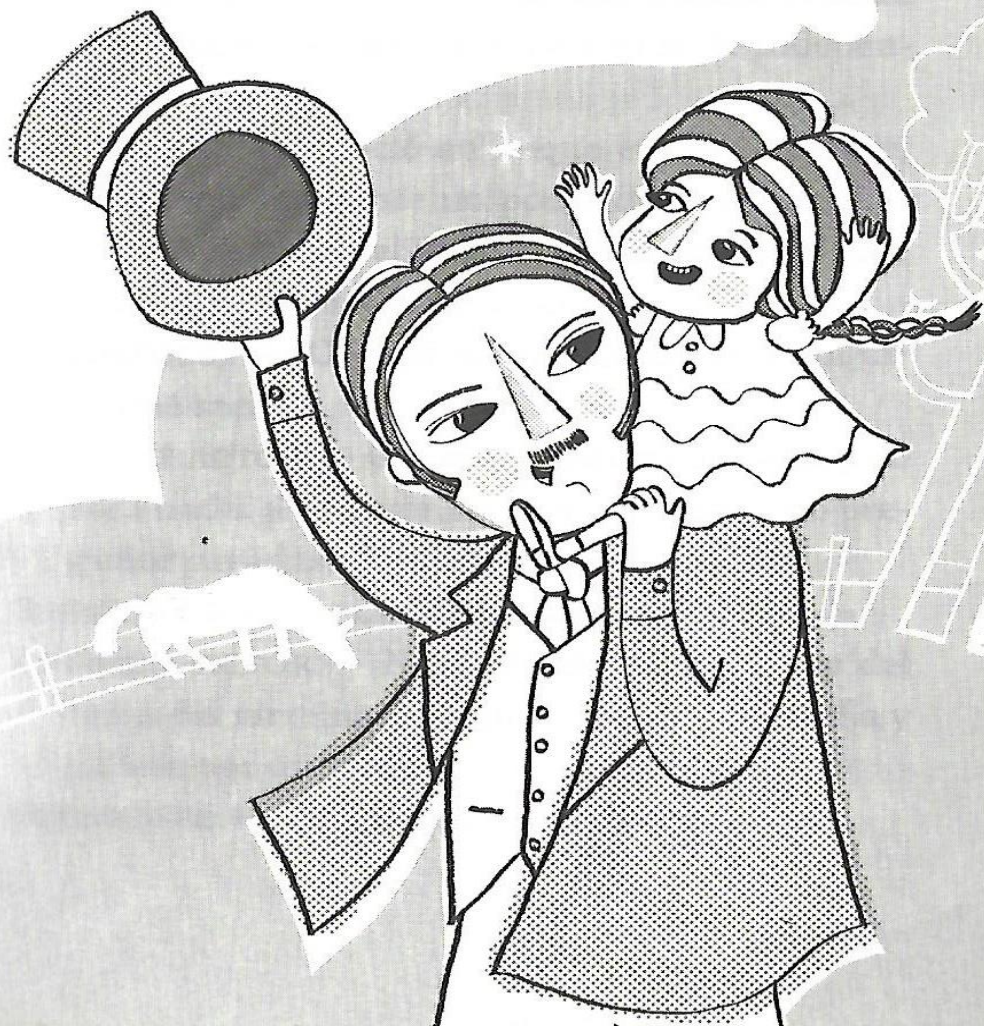
ACTOR.— (*Mientras habla toma al Soldadito de la mano y lo obliga a sentarse sobre un banco en un extremo del escenario*). Bien. Entonces, para que no tenga ideas vanas, quédese y conozca... ¡la vida de Juana!

Handwritten text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is faint and difficult to decipher but appears to be organized into several lines.

Vertical handwritten text on the left margin, possibly a page number or a reference.

Handwritten text at the bottom center of the page, possibly a signature or a date.

Primer acto



ACTRIZ.— ¡Aquí veremos la infancia de Juana, una heroína sudamericana!

Escena 1

ACTRIZ.— *(Con una muñeca-niña pequeña en brazos).*
Juana Azurduy vino al mundo el 12 de julio de 1780, cuando ya se vislumbraba la lucha cruenta que libraría su patria para lograr la independencia.

19

ACTOR.— Juana nació en lo que era el Alto Perú, donde mucha gente no podía decir ni mu. Esa región era parte del Virreinato del Río de la Plata, cuando Chuquisaca...

SOLDADITO.— ¿Chuqui saca? ¿Quién es Chuqui? ¿Y qué saca?

ACTRIZ Y ACTOR.— Chuqui no es una persona y no saca nada. ¡Por favor, no nos distraiga y no pregunte pavadas, porque nos saca!

SOLDADITO.— ¿De dónde los saco?

ACTRIZ Y ACTOR.— Nos saca de las casillas y del tema del virreinato. ¡Denos un poco de bolilla y cálese por un rato!

SOLDADITO.— De acuerdo, sus órdenes acato.

ACTRIZ.— Chuquisaca era el nombre de una importante ciudad que hoy se llama Sucre y está en Bolivia, a decir verdad.

ACTOR.— Juana descendía...

SOLDADITO.— *(Toma de su mochila una escalera desarmable, la arma rápidamente y se la ofrece al actor).* ¡Aquí tienen! Pueden usar esto. Con todo gusto se las presto.

20

ACTOR.— ¿Se puede saber para qué queremos una escalera, cabecita de ciruela?

SOLDADITO.— Y... estaban diciendo que Juana descendía... la escalera sirve para descender con más facilidad y mayor seguridad.

ACTOR.— ¡Cállese, alcornoque! Su cerebro necesita unos retoques. Vamos de nuevo. Juana descendía de una combinación de antepasados incas y españoles. Tenía ojos luminosos como faroles y, desde el momento en que vio la luz, su rostro mostró una belleza de gran distinción, en la que predominaba el influjo... ¡andaluz!

SOLDADITO.— Sí, anda la luz. ¿No ven que están todas encendidas?

ACTRIZ.— *(Lo fulmina con la mirada y con el tono de voz).* ¿Usted quiere aprender o prefiere que le

hagamos una despedida? (*El Soldadito se pasa el índice y el pulgar unidos de un lado al otro de boca, indicando que la va a mantener cerrada*). Juana aprendió de su padre a montar hábilmente a caballo, a tratar a los aborígenes de manera muy amable y a no considerar a otras personas sus vasallos.

21

(*Entran Juana y su padre, Matías Azurduy, y se encuentran con una familia de aborígenes. Se detienen a saludarlos y los abrazan afectuosamente. Luego los aborígenes salen*).

MATÍAS.— Esto, que para nosotros nada tenía de extraordinario, con frecuencia suscitaba maliciosos comentarios de parte de muchos honorables vecinos a quienes los aborígenes les importaban un pepino.

VECINO 1.— Me parece que a don Matías se le va la mano. Trata a los aborígenes como si fueran humanos.

VECINO 2.— Está dando un pésimo ejemplo a su hija. Cuando crezca, habrá que ajustarle las clavijas.

Escena 2

ACTOR.— Es oportuno que nos detengamos un momento para ver exactamente qué concepto se tenía de los aborígenes en ese lugar y en ese tiempo.

22 SOLDADITO.— ¡Eh! ¿Qué hacen? ¡Deténganse! Dijeron que iban a detenerse un momento y hay que tener coherencia entre acción y pensamiento.

ACTRIZ.— ¡Hablábamos de detenernos en sentido figurado! ¡Usted es un tremendo maleducado!

ACTOR.— Sigamos. En ese entonces el pensamiento predominante provocaba a los indios muchos sufrimientos, los hacía víctimas de una explotación insultante y los obligaba a vivir en permanente descontento.

(Juana niña discute con un funcionario de la colonia, que todo el tiempo la mira con sorna).

JUANA.— No entiendo por qué los aborígenes padecen tantos horrores.

FUNCIONARIO.— Los aborígenes son claramente inferiores. Por ejemplo, no tienen iniciativa.

JUANA.— ¡Si les están robando la vida!

FUNCIONARIO.— Además, son muy débiles físicamente.

JUANA.— ¡Los matan de hambre y encima quieren que sean fuertes!

FUNCIONARIO.— Son todos unos vagos.

JUANA.— Los están destrozando... ¿Qué quieren, que sean magos?

FUNCIONARIO.— ¡Son unos inútiles! No hay nada que hagan bien.

JUANA.— Les quitaron la tierra, que era su principal sostén. Y sin ella, son como unas vías sin tren.

FUNCIONARIO.— (*Riendo*). ¿Cómo que les quitamos la tierra? Esta muchachita cree que sabe mucho, y no comprende que yerra. ¡A los aborígenes no les quitamos nada! Cuando nosotros llegamos, nada les pertenecía. (*Se pone una corona sobre la cabeza*). Porque ya el Rey había dicho: “Toda esta tierra es mía”.

JUANA.— (*Le retira la corona de la cabeza y la arroja al suelo*). Pero eso nunca fue cierto. Ya se sabe que es un invento.

FUNCIONARIO.— ¿Qué estás diciendo, Juana? ¿No sabés que los aborígenes no sirven para nada? Tienen el cerebro aplanado.

JUANA.— Y claro. ¡Si trabajan como esclavos! Además, todos ustedes los explotan y de esa forma los convierten en idiotas.

FUNCIONARIO.— ¡Basta! ¡Cerrá la boca!

(Entran algunas mujeres y hombres aborígenes, con aspecto de agotamiento, y se dirigen al funcionario).

24

MUJERES Y HOMBRES ABORÍGENES.— Nos fuerzan a hacer los trabajos más pesados, y encima nos consideran unos vagos. Nos usan para todo y nos tratan de mal modo. Somos mano de obra totalmente gratuita, nunca nos dan ni cinco guitas. Nos obligan a agachar la cabeza para que ustedes la pisen como a la maleza, y después de pisarla dicen que no servimos para nada. ¡Su corazón es una puerta cerrada! Ya que trabajamos para ustedes, deberíamos disponer de sus mismas comodidades y no estar pasando necesidades.

FUNCIONARIO.— ¡Eso es totalmente imposible!
¡Nos resulta inconcebible!

MUJERES Y HOMBRES ABORÍGENES.— Ustedes tienen el corazón más duro que Roca, perdón, que una roca. ¡Basta! ¡Silencio! ¡Cállense la boca!

Escena 3

ACTOR.— En el hogar de Juana reinaban aires de respeto y libertad. Pero quiso la vida que a edad temprana conociera el dolor de la orfandad. La niña quedó, entonces, a cargo de sus tíos, que intentaron educarla como creían debido.

25

(Juana niña juega de diversas maneras, corre, brinca, se arroja al suelo, se trepa a una mesa y se comporta como cualquier niña traviesa. Los tíos permanecen de pie con expresión severa y le hablan como si tuvieran un disco grabado en la cabeza).

TÍA.— Juana, no hagas eso; Juana, no saltes; Juana, no te sientes y no te levantes.

TÍO.— Juana, no pienses; Juana, no preguntes; Juana, no corras y con los pobres no te juntes.

TÍA.— Juana, no contestes; Juana, no sientas; Juana, es una orden: ¡te prohíbo estar contenta!

TÍO.— No, Juana, eso no se toca. ¡Y mejor haceme caso y cerrá la boca!

JUANA.— En casa de mis tíos hay un clima tan opresor que me colma de malestar y furor.



Segundo acto





ACTOR.— ¡Aquí Juana llega a la adolescencia y comienza a sentir cierta impaciencia!

Escena 1

ACTRIZ.— Cuando tenía dieciséis años, por decisión de sus tíos, fue enviada a un convento para encontrar paz, pero es probable que la mandaran para que no hiciera líos y, sobre todo, para que los dejara de molestar.

29

ACTOR.— La vida de Juana en el convento no fue feliz: siempre le hacían reproches por algún presunto desliz. Encontrar allí alguna paz era un anhelo vano, había tanta rivalidad como en cualquier ámbito mundano.

VOZ 1.— ¡Acá mando yo!

VOZ 2.— ¡No, no y no!

VOZ 3.— ¡Yo soy quien toma las decisiones!

VOZ 4.— ¡No! ¡De mí dependen las resoluciones!

ACTRIZ.— En el convento había un solo lugar que a Juana le agradaba, pero no estaba bien visto que lo frecuentara. A Juana le gustaba tomar libros de la biblioteca y así conoció ideas que a sus tíos producían jaqueca: todos tienen derecho a

ser libres e iguales ante la ley cualesquiera sean su origen y el color de su piel.

(De noche, Juana adolescente se encuentra con otra novicia, compañera del convento, en la biblioteca. Ambas sostienen en una mano un candelabro con una vela encendida).

30

JUANA.— Me encantan estos encuentros nocturnos, rodeadas de libros y papeles. Tal vez hallemos algo interesante sobre el mundo en medio de estos anaqueles.

NOVICIA.— Me parece que en estos estantes no hay nada realmente interesante. Sin embargo, sé que están ocurriendo hechos que hacen temblar pisos, paredes y techos.

JUANA.— *(Toma unos papeles de un estante y les da una mirada).* Veamos qué dice el pliego amarillento que leeremos en este mismo momento. “Conocido como Tupac Amaru II, José Condorcanqui, de origen quechua y buena posición, puesto que era un adinerado comerciante, intentó liberar a sus hermanos de la tiránica y cruel opresión que los sujetaba de pies y manos”.

Escena 2

(*Entran el General realista y José Condorcanqui, que pasan a ocupar el centro de la escena.*)

GENERAL.— Eh, Condorcanqui, vos tenés una fortuna. Pero, como aborígen, no te corresponde ninguna. (*Lo amenaza con un arma de fuego*). Si no querés que nos pongamos molestos, vas a tener que pagarnos más impuestos.

31

CONDORCANQUI.— No, no, no y no. Eso sí que no. Y créame, porque lo digo yo.

GENERAL.— Sí, sí, sí y sí. Eso sí que sí. Yo tengo el poder, créame a mí.

CONDORCANQUI.— Me niego a pagarle más impuestos. ¡Sepa que no estoy dispuesto!

GENERAL.— Además, hay otra cosa que hemos impuesto, y no nos importa si están o no pre-dispuestos: todos los aborígenes, de cualquier condición o edad, trabajarán en las minas en beneficio de la autoridad.

MUJERES ABORÍGENES.— ¡No! ¡No queremos trabajar en las minas! Eso nos traerá enfermedad, muerte y ruina.

GENERAL.— Pues les digo que, muy a su pesar, ¡a las minas irán a trabajar! Pueden ir a quejarse a su abuela. ¡Pero irán a las minas aunque no quieran!

HOMBRES ABORÍGENES.— Tendremos que ir a trabajar sin recibir nada, ni siquiera una misérrima paga. Para ustedes el metal vale más que nuestra sangre, y mucho más que nuestros hijos y que su hambre. El oro y la plata valen más que nuestros cuerpos, y por eso de las minas nos sacan muertos. Cualquier cosa vale más que el respeto que merecemos nosotros, nuestros hijos y nietos.

GENERAL.— Sí, ustedes trabajarán a nuestro servicio y nos apropiaremos de los beneficios.

MUJERES ABORÍGENES.— ¡No! ¡No queremos trabajar en las minas! Si vamos allí, nuestras vidas terminan.

(El General y José Condorcanqui se enfrentan).

CONDORCANQUI.— *(Al General).* ¡Sepa que no aceptaré sus órdenes, me resisto! Habrá combate, ¡mi pueblo y yo estamos listos!

(Hay un feroz combate. Condorcanqui está a punto de morir a manos del General).

JUANA.— ¡No! ¡No lo mate! ¡No! *(Trata de abalanzarse sobre el General para impedir que mate a Condorcanqui, pero el General se le escapa de las manos mientras ríe a carcajadas. La cabeza de Condorcanqui rueda por el suelo y el General se dirige a Juana, que lo mira con horror y desesperación).*

GENERAL.— Escuchame, Juana, jovencita maleducada. *(Como si leyera un decreto, le dice con severidad):* En esta clase de sociedades una mujer tiene dos posibilidades: solo puede ser monja o esposa, y aunque no te guste, ¡así es la cosa! Por eso, Juana, es mejor que cambies tu actitud de inmediato y te vayas de una vez a lavar los platos. Además, una mujer debe ser sumisa.

(El Soldadito irrumpe de pronto en medio de la escena).

SOLDADITO.— Claro, una mujer debe ir a misa. ¿Escuchó, Juana? ¡A ver si deja de ser una tarambana!

GENERAL.— ¿Usted está sordo o se le volaron los tordos? ¡Dije que una mujer debe ser sumisa!

(Entra un actor y saca al Soldadito de un empujón).

ACTOR.— ¡Vamos, fuera! ¡Le dijimos que no interviniera!

34 JUANA.— *(Al General)*. ¿Sumisa? ¡No se le ocurra! ¡No voy a ser sumisa aunque se me venga encima una repisa! Tenga por cierto que mi única sumisión es a la libertad y a los mandatos de mi corazón.

(De pronto la escena se esfuma como un sueño y Juana vuelve a encontrarse en la biblioteca del convento en compañía de la novicia, llorando de indignación y dolor).

Escena 3

JUANA.— ¿Qué hago acá encerrada entre mezquinas paredes, completamente alejada de todo lo que sucede? Este no es mi lugar, no es el sitio que yo elijo. Por otras leyes me rijo: yo nací para luchar.

(Entra su padre, Matías Azurduy, como figura fantasmagórica).

35

MATÍAS.— Ser mujer no es adaptarse siempre al molde que está vigente. Nunca innovar lo que ya existe haría de la vida algo muy triste.

(Matías Azurduy se esfuma).

JUANA.— Ser mujer no me impide el compromiso con los que al luchar intentan que la vida no esté en venta. Y tampoco, hacer lo que nadie hizo: ser esposa y también madre, y presentarme al combate a riesgo de que me maten, para detener la afrenta con que nuestra tierra arde. También yo iré a defenderla con mi fuerza y con mi sangre.

Escena 4

ACTRIZ.— En el convento, Juana aprendió lo mismo que muchas doncellas, pero, por sobre todo, aprendió que ese no era un sitio para ella.

VOZ 1.— ¡Juana! ¡Una mujer debe bajar siempre la mirada y permanecer con la boca bien cerrada!

36 VOZ 2.— ¡Qué muchacha tan díscola y desobediente!
¡Lo único que nos trae son inconvenientes!

JUANA.— (*Escribe una carta mientras va leyendo en voz alta*). La vida en este convento no es como imaginaba y debo decir que paz no encuentro para nada. En cambio, hay rivalidades, envidias e intrigas, y un sinfín de actitudes y situaciones negativas. Queridos tíos, mucho lo lamento, ¡pero voy a irme del convento!

ACTOR.— En el convento hubo exclamaciones de alegría durante muchos, muchísimos días: “¡Qué suerte! ¡Nos sacamos un clavo de encima! ¡Esa jovencita nos amargaba la vida! ¿Dónde se ha visto que una mujer se entusiasme con la lectura? ¡Esa muchachita Juana es una desvergonzada y una caradura! ¿Cómo es posible que una mujer, nada menos que una mujer, pretenda enterarse

de lo que sucede, se atreva a opinar y quiera saber? ¡Nos estaba trayendo mala reputación! ¡Y habíamos decidido su expulsión!”.

ACTRIZ.— Juana amaba la espiritualidad y descubrió un principio fundamental que se le presentó con absoluta claridad: la esencia del Espíritu es la libertad.

JUANA.— En esta sociedad las mujeres vivimos prisioneras y esa no es la vida que para mí quisiera. Soy igual que todas las demás mujeres pero necesito asumir otros deberes. A las ropas, la moda, la coquetería, los bailes, a todo eso le digo: ¡aire, aire, aire! Quiero comprometerme con mis ideales: que todos tengan derechos iguales. Este es el sueño que yo enhebro: quebrar las cadenas que oprimen a mi pueblo.



Tercer acto





ACTRIZ.— La vida de Juana está marcada por un anhelo de justicia y libertad, y el destino realiza una jugada que une el amor con la lucha por su ideal.

Escena 1

(Manuel y Juana se miran a los ojos con intensidad).

41

MANUEL.— Juana, Juana, ¡en Francia hubo una revolución y el pueblo destituyó a la monarquía! ¿Lo sabías?

JUANA.— ¡Las colonias de América del Norte declararon su independencia! ¡Nosotros tenemos que hacer lo mismo con urgencia!

MANUEL.— ¡Además, en cada universidad se habla de libertad, igualdad y fraternidad! ¡Quiero que en nuestra tierra esas ideas sean una realidad!

(Juana y Manuel se miran a los ojos con ternura).

JUANA.— ¡Cuántas buenas noticias! Me llegan al alma como una caricia.

MANUEL.— Hablando de caricias...

JUANA.— Me parece que la ocasión es propicia...

JUANA Y MANUEL.— (*Simultáneamente, mientras se miran arrobados*). El corazón me dice que sería bueno unir nuestras vidas y entrelazar los sentimientos con el ideal de libertad que nos anima.

42 MANUEL.— Te quiero, Juana, porque leo en tus ojos lo que está escrito en el fondo de tu alma. Sé que amás la libertad y que la defenderás aunque tengas que derribar una montaña.

JUANA.— Te quiero, Manuel, porque tu determinación de ser libre está escrita en tu piel.

JUANA Y MANUEL.— (*Simultáneamente, mientras se miran fascinados*). ¡Cuántos ideales compartidos!

SOLDADITO.— (*Entra súbitamente y los interrumpe con brusquedad*). ¿Con partidos de qué? ¿De rugby, de fútbol, de básquet, de pelota a paleta?

MANUEL.— ¡Cállese la boca o lo tiro a la piletta!

SOLDADITO.— (*Mira hacia todos lados*). ¿Qué piletta?

MANUEL.— ¿Qué piletta? ¡Cualquiera del planeta!

JUANA.— (*Al Soldadito*). ¡Usted no tiene sentido de la oportunidad! ¿No ve que estábamos por declararnos amor por toda la eternidad?

MANUEL.— ¡Fuera de aquí o no respondo por mí!

(El Soldadito se aleja).

JUANA.— Manuel querido, estábamos hablando de sueños compartidos...

MANUEL.— Yo percibo hace rato... que sos la horma de mi zapato.

JUANA.— Y yo siento que sos... de mi zapato la horma. Y a eso, hay una sola palabra que lo nombra.

JUANA Y MANUEL.— *(Simultáneamente, mientras se miran emocionados).* ¡Amor!

Escena 2

(Juana y Manuel se casan. Uno a uno, van apareciendo cuatro hijos, representados por cuatro muñecos. Manuelito, Mariano, Juliana y Mercedes).

44 JUANA.— Quiero que nuestros hijos vivan en una tierra con libertad, donde haya justicia para todos por igual.

MANUEL.— Donde el respeto sea una realidad y no reine la codicia cruel y brutal.

JUANA.— Donde el bien común sea el supremo principio moral y ser indio no sea sinónimo de inútil total.

MANUEL.— Por eso, Juana, me voy a postular para una función pública, para que algún día dejemos de ser colonia para ser una república. Un cargo en el que pueda defender a los pobladores originarios y a todos los desamparados, y mitigar las penas que sufren a diario.

JUANA.— ¡Excelente idea! ¡Estoy segura de que realizarás una muy buena tarea!

(Manuel sale).

Escena 3

(Juana está cocinando y conversando con una amiga mientras ambas miran a los niños jugar).

AMIGA.— Los niños me producen muchísima ternura.

JUANA.— A mí me hacen pensar en terminar con los gobiernos que nos tratan como a basura.

45

AMIGA.— A mí me despiertan un gran instinto maternal.

JUANA.— A mí me provocan sed de justicia y deseos de combatir a los que nos obligan a vivir mal.

AMIGA.— A mí me traen la necesidad de brindarles infinitos cuidados todo el día.

JUANA.— A mí, de garantizarles libertad, justicia y alegría. Tengo que reconocer que mi inmenso amor por los niños me causa sentimientos ambiguos. Por una parte, quisiera permanecer siempre a su lado para cuidarlos y protegerlos con mi propia vida. Por la otra, tomar el rumbo del compromiso total con la lucha por su libertad definitiva. Estar con los niños o combatir por su patria y su futuro. ¡Es un dilema realmente duro!

Escena 4

JUANA.— Manuel, te noto acongojado y entristecido.
¿Me querés decir qué ha sucedido?

MANUEL.— Como soy criollo, no puedo aspirar al cargo que quería. En cambio, si fuera de linaje español, me lo darían. Pero mientras ellos estén en el gobierno, solo podré tener un puesto subalterno.

46

JUANA.— Si nos siguen rigiendo las leyes coloniales, tendremos que soportar esta clase de males. ¿Qué vida daremos a nuestros hijos? Si no luchamos para ser independientes, cuando crezcan no me atreveré a mirarlos de frente.

(Juana y Manuel ven pasar a un grupo de pobladores).

POBLADORES.— *(A coro):*

Vamos a luchar contra el poder despótico
que nos desprecia y nos esclaviza,
no nos van a vencer esos neuróticos
que nos quieren quitar hasta las camisas.

Al injusto dominio colonial
nuestro coraje lo hará trizas.

Quieren comerse todo lo que hay
y ni siquiera nos dejan una pizza.

Sí, sí, sí, somos criollos,
indios, cholos y mestizos
y no nos enterrarán en un hoyo
a quince metros del piso.

47

No merecemos ser esclavos,
tenemos derecho a ser libres.
Pues somos seres humanos,
aunque ellos nos denigren.

Queremos la independencia
y vamos a su conquista.
Dejen de actuar con inclemencia.
¡Basta! ¡No nos insistan!

MANUEL.— Juana, tengo que unirme a los que combaten. Si quiero lograr la independencia, quedarme en casa es un disparate. Llegó el momento de defender los ideales con el propio pellejo. De lo contrario, no llegaremos lejos.

JUANA.— Acompañarte y seguir tu mismo camino es mi mayor sueño, pero los niños me necesitan. Son muy pequeños.

(Manuel abraza a Juana y a los niños y sale).

48

ACTOR.— ¡Manuel Padilla tuvo en jaque a los realistas en Chuquisaca y en todas sus guarniciones! ¡Arriba los corazones!

ACTRIZ.— ¡Manuel Padilla interceptó correspondencia de los realistas y logró desbaratar sus planes! ¡Con combatientes como él, no hay quién nos gane!

ACTOR.— ¡Manuel Padilla hizo un fuerte impacto en las filas enemigas con un ataque sorpresa! ¡Los realistas se agarran la cabeza!

ACTRIZ.— ¡Manuel Padilla logró capturar gran cantidad de mulas del enemigo! ¡Es así como se los digo!

ACTOR.— ¡Manuel Padilla fue nombrado comandante! ¡Su valentía es gigante!

GENERAL.— ¡Hay que apresar a Manuel Padilla! ¡Quiero verlo derrotado y de rodillas!

ACTRIZ.— ¡Tomar prisionero a Manuel Padilla no será tarea sencilla!

GENERAL.— Apresaremos a su esposa y a sus cuatro hijos. Para rescatarlos, será capaz de cualquier amasijo. Entonces lograremos su captura. ¡Y se van a terminar sus travesuras!

(Dos soldados realistas llegan a la casa de Juana e intentan tomarla prisionera junto a sus cuatro hijos).

49

JUANA.— ¡Fuera de aquí, insolentes, fuera! ¡Defenderé la libertad como una fiera!

(Juana ataca al mismo tiempo a los dos soldados, como si fuera una campeona de artes marciales, y logra que huyan aterrados. Un instante después, llegan tres soldados y ocurre lo mismo. A continuación llegan cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez y cada vez ocurre lo mismo. Por último llega todo un batallón y Juana y sus hijos terminan entre rejas).

JUANA.— Junto a mis cuatro niños me encuentro encarcelada. Pero no por eso estoy desanimada. Conozco muy bien a mi Manuel y sé que podemos contar con él.

(En ese momento, una figura camuflada de árbol se descuelga del techo. Baja, retira la máscara que le oculta la cara y se muestra. Es Manuel. Toma a dos de los niños mientras Juana toma a los otros dos, rompe la puerta y huyen).

50 MANUEL.— Juana, hijos queridos, es preciso que yo huya, porque sé que me buscan y debo continuar la lucha.

JUANA.— Aunque quisiera ir con vos para combatir al adversario, me ocultaré con los niños mientras sea necesario.

ACTRIZ.— Hay un ejército formado de manera espontánea que intenta realizar una tremenda hazaña: lograr que su tierra deje de ser una colonia y que su gente alcance la libertad y la concordia.

ACTOR.— Para eso enfrenta al enemigo como mejor puede y combate siempre con todo lo que tiene, que sobre todo es coraje y osadía. Y supera increíbles peligros y riesgos día a día.

ACTRIZ.— Hay otro ejército que tiene formación profesional y quiere sofocar la lucha por la libertad. También combate con todo lo que tiene: cantidad de soldados, armas y muchos bienes.

ACTOR.— Y así como los días y las noches se suceden en forma permanente, así tienen lugar los enfrentamientos entre los bandos combatientes.

ACTRIZ.— La libertad tiene un precio muy alto y Juana y Manuel viven a los saltos.

ACTOR.— La guerra es una sucesión de distintas contingencias y Juana y Manuel están obligados a separarse con frecuencia. Sin embargo, no hay vicisitud que los separe y enfrentarán juntos lo que el destino les depare.

51

(Juana, Manuel y los niños descansan. De manera sorpresiva, aparecen soldados realistas).

MANUEL.— ¡Vamos, Juana, tomá a los niños y escapá! ¡Yo te cubro la retirada! ¡Andate ya!

(El Soldadito busca entre sus cosas y le acerca una frazada a Manuel).

SOLDADITO.— Tome, tome.

MANUEL.— *(Lo mira con fastidio y desconcierto).*

¡Con este calor! ¿Para qué me da una frazada?

SOLDADITO.— Usted le dijo a Juana que le iba a cubrir la retirada. Y es para eso que le alcanzo la frazada.

MANUEL.— ¡Estamos en un momento de riesgos enormes! ¡Salga de aquí o lo dejo deforme!

SOLDADITO.— Yo solamente quería ofrecer mi colaboración. Pero cometí un error de interpretación.

52

(El Soldadito se hace a un lado. Juana toma a los niños y trata de correr con ellos. Manuel dispara a los soldados realistas que intentan apresarla y los aleja. Pero dos se acercan a Juana, que toma un arma y les dispara hasta hacerlos huir).

JUANA.— *(Se aleja con sus niños).* También yo puedo defender a mis hijos y luchar por la independencia. ¡El ejército patriota y la lucha por la libertad contarán con mi presencia!

SOLDADITO.— Ellos luchan por la independencia. Y yo me equivoco con mucha frecuencia. Voy a empezar a leer un poco cada día, para no seguir haciendo tonterías.

Escena 5

(Manuel combate contra un numeroso grupo de soldados realistas, junto a un compañero. Son solo dos contra muchos y los toman prisioneros).

GENERAL.— *(Mientras ata a los dos a una estaca).*

¡Así te quería ver, Manuel! ¡Sos muy terco!
Pero estas sogas mantendrán inmovilizado tu cuerpo.

53

(El General y los soldados realistas salen).

MANUEL.— Tenemos que escapar o no contaremos el cuento.

COMPAÑERO.— Sí. Nos mandarán al otro mundo en cualquier momento. *(Intentan desatarse).*

MANUEL.— Esto no se mueve. Parece que me hubieran puesto un cerrojo.

COMPAÑERO.— En cambio, a mí me hicieron un nudo demasiado flojo. *(Logra soltarse).* ¡Manuel, ya mismo corro a buscar auxilio! Y espero que todo nos sea propicio.

(Sale. Mientras Manuel sigue intentando liberarse de las ataduras, entra el General).

GENERAL.— ¡Tu compañero escapó! ¡Pero vos no tendrás su misma suerte! ¡Te vas a ir derecho, derecho a encontrarte con la muerte!

54 *(Está a punto de cortarle la cabeza con su espada. En ese momento entra Juana con un compañero y, sin dejarse ver, observan la situación).*

JUANA.— *(Al compañero).* Lo vamos a convencer de que somos un enorme batallón que lo aplastará como a un indefenso y tonto moscardón. *(Toma hojas de una planta que crece en el lugar).* Cuando el viento sopla por entre estas plantas produce un sonido que espanta: parece el galope de cientos de caballos, y al General se le van a asustar hasta los callos.

(Efectivamente, se escucha el sonido de cascos de caballos. Juana y el compañero gritan fingiendo distintas voces).

JUANA.— ¡Contra ellos! ¡Al ataque!

COMPAÑERO.— ¡Los vamos a tener en jaque!

GENERAL.— ¡Esto es un ataque masivo! ¡Es mejor que huya, si quiero seguir vivo!

(El General sale corriendo. Juana corta las ataduras de Manuel y lo abraza).

Handwritten text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is faint and difficult to decipher but appears to contain several lines of script.

Vertical handwritten text on the left margin, possibly a date or page number.

Handwritten text at the bottom center of the page, possibly a signature or a date.

Cuarto acto



Handwritten text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is faint and difficult to decipher but appears to contain several lines of script.

Vertical handwritten text on the left margin, possibly a date or page number.

Handwritten text at the bottom center of the page, possibly a signature or a date.

ACTRIZ.— ¡La fama de Juana se agiganta y se extiende! Los más desposeídos sienten que ella los comprende.

ACTOR.— Mientras tanto, el Soldadito se dedica a la lectura y comienza a desarrollarse su bravura.

Escena 1

59

POBLADORES.— ¡Juana ganó otra batalla! ¡Muchos como ella no creo que haya! ¡Una mujer se une a nuestra lucha y demuestra que es muy hábil y muy ducha! ¡Cabalga como el mejor jinete y ante el peligro no se achica y arremete!

(Entra el General, contrariado).

GENERAL.— ¡Uy, uy, uy! ¡La gran siete! ¡Esa mujer! ¡No sé para qué se mete! Tendría que estar en su casa, baldeando el patio y la terraza. Pero con esto de la liberación femenina ¡nos va a llevar a la ruina! En esta tierra la población no quiere entender que a nosotros nos corresponde el poder, y que el gobierno nos pertenece. Vamos a tratarlos como se merecen. Los

insurrectos son una pesadilla. ¡Hay que matar a Manuel Padilla!

ACTRIZ.— En esta escena veremos a Juana...

GENERAL.— ¡No, no y no! ¡No tengo ganas! Estoy más que harto de Juana.

ACTOR.— (*Le tapa la boca con una mano y se lo va llevando fuera de escena*). ¡Ya le dijimos que no cambie el texto! ¡Termínela y no sea molesto!

60

ACTRIZ.— En esta escena veremos a Juana en uno de sus encuentros con Manuel...

(*Vuelve a entrar el General, furioso*).

GENERAL.— ¡Manuel Padilla también me tiene harto! ¡En cuanto pueda, tomo un sable y lo ensarto!

ACTOR.— (*Le vuelve a tapar la boca con una mano y otra vez se lo va llevando fuera de escena. Al General*).

¡Usted tiene un cerebro infrahumano! ¡No es Manuel Padilla! ¡Es Manuel Belgrano!

ACTRIZ.— ¡Ahora veremos a Juana en uno de sus encuentros con Manuel Belgrano! (*En voz muy alta y mirando en la dirección desde la que salió el General*). Y esta vez, por fin, al General le gané de mano.

Escena 2

(Belgrano y Juana conversan. Se los ve agotados).

BELGRANO.— Sufrimos una gran derrota en Ayohúma, pero sé que pronto cambiará nuestra fortuna. Juana, en verdad tu actuación fue formidable y por eso quiero obsequiarte mi sable. Tu desempeño en la batalla ha sido excepcional, y, puesto que sos mujer, es aún más singular.

61

(Belgrano le entrega su sable. Juana lo recibe con evidente emoción. Es un momento solemne).

JUANA.— Hay muchas mujeres que se destacarían en el campo de batalla tal vez más que yo, y merecerían recibir honores y medallas. Pero se las subestima, quedan relegadas al hogar casi sin educación y se las priva de toda clase de enseñanza y formación.

BELGRANO.— Ese es uno de los motivos por los que luchamos, para que la educación sea accesible a todos los seres humanos. Juana, sé que harás buen uso de esta espada, que para mí es

sumamente preciada. Estoy bien seguro de que encontrará en tus manos a una gran luchadora por la libertad del pueblo altoperuano.

(El General conversa con un soldado y se toma la cabeza con las manos).

62 GENERAL.— ¡Ha sucedido algo impensable! ¡Belgrano le dio a una mujer su sable!

SOLDADO REALISTA.— Sí, dicen que le dio a una mujer su espada y que esa mujer se llama Juana...

GENERAL.— ¡Las mujeres tendrían que quedarse en su hogar y dedicarse solo a lavar, planchar, barrer y cocinar!

Escena 3

(Juana y los niños duermen inquietos mientras algunos de sus compañeros hacen guardia. Juana sueña y a su sueño acuden figuras fantasmagóricas).

JUANA.— *(Habla dormida).* En el aire se respira una amenaza. No sé bien qué es lo que pasa, pero temo mucho por mis hijos y por toda nuestra raza. Temo por su presente y por su futuro. Si no logramos la independencia, tendrán un destino cruel y duro y a mí me pesará la conciencia.

63

(El General camina entre los niños dormidos y dirige a ellos sus palabras. Cada tanto les da una patada. Los niños despiertan).

GENERAL.— Escuchen, niños, ustedes son criollos y, si no quieren terminar enterrados en un hoyo, deberán cumplir con una inflexible ley: no hacer nada a lo que se oponga el Rey.

NIÑOS.— ¿Y qué quiere de nosotros su Rey?

GENERAL.— Que callen lo que piensen y sientan, y le rindan total obediencia. Que tengan claro

que estas tierras no les pertenecen, y esto ya lo he dicho cientos de veces: no son tuyas ni de nadie que aquí haya nacido, y es un mandato que debe ser cumplido. Tampoco serán de sus hijos o nietos. Y aunque esto no les parezca justo, aunque lo escuchen con disgusto, tendrán que aceptarlo, obedientes y quietos.

64 NIÑOS.— No estamos de acuerdo con su modo de ver.
GENERAL.— ¡Pues vayan a cantarle a Gardel! Están prohibidas las protestas. Y sepan que, de lo contrario, si no lo aceptan de modo voluntario, ¡las armas serán la respuesta!

JUANA.— ¡Pero qué idea tan absurda, esta! (*Toma un arma y apunta al General*). ¡Pero qué estúpida ocurrencia! ¡Querer impedirnos la independencia!

(*Entra el Soldadito a los gritos y sacude a Juana*).

SOLDADITO.— Juana, estás soñando. ¡Tenés que despertarte! ¡He decidido que en esta lucha voy a tomar parte! ¡Quiero unirme a ustedes! ¡Por favor, no me lo niegues!

JUANA.— (*Despierta sobresaltada y mira a su alrededor*). ¿Y el General? Parecía tan real...

SOLDADITO.— Fue un sueño, estabas dormida. Vamos, hay que apurar la partida. Juana, es probable que los realistas sepan que están aquí. Es necesario que huyas con los niños, si no quieren morir.

JUANA.— Soldadito, estoy muy sorprendida. Antes solo decías tonterías. Es la primera vez que te oigo decir algo sensato y eso me resulta sumamente grato.

SOLDADITO.— Todo puede cambiar, Juana. A veces, aun de la noche a la mañana.

(Juana y el Soldadito toman a los niños y salen).

Escena 4

(Manuel ingresa al interior de una choza donde se esconden Juana y los niños).

66

MANUEL.— Juana de mi alma, mi querida, he venido por ustedes. Quiero evitar que el enemigo los aprese en sus redes. Es necesario que vos y los niños estén a salvo; pareciera que al enemigo lo comanda el diablo. El riesgo que corren tu vida y las de los pequeños me mantiene intranquilo y me quita el sueño. ¡Tienen que partir con la mayor premura y buscar refugio en una zona segura!

JUANA.— Nos iremos a un lugar donde nadie nos encuentre. Protegeré a nuestros hijos de la prisión y de la muerte. La mejor alternativa es escondernos en los pantanos, allí nadie nos encontrará ni tarde ni temprano; sus condiciones de vida son tan terribles que la idea de que estemos allí sonará imposible.

MANUEL.— Los acompañaré hasta los pantanos. Vamos.

(Juana y los niños están en la zona de los pantanos, en una choza muy precaria. Los niños duermen y Juana cocina algo directamente sobre el fuego. Entra una figura que claramente encarna a la Muerte: un esqueleto con una visible calavera y una hoz en los huesos de una mano o lo que fuere. Juana retrocede sorprendida).

JUANA.— Si estoy soñando va a ser mejor que me despierte. Creo que ha venido a visitarnos la Muerte.

LA MUERTE.— Es cierto. Yo soy la Muerte; la que a todos en nada convierte. Soy aliada de la Enfermedad y la Guerra; soy la mano que a todos entierra.

JUANA.— ¿Y qué hacés aquí? ¿Acaso viniste por mí? Mis hijos son pequeños; me necesitan para todo. Por ahora son incapaces de arreglarse solos. Permitime un poco más de vida. ¡Te pido que no me lleves todavía!

LA MUERTE.— No vine por vos. Lo lamento. Vine por tus hijos. Eso es lo cierto.

JUANA.— ¡No! Llévame a mí, pero dejá que mis hijos vivan. ¡Sí, y por lo que más quieras, no me contradigas!

LA MUERTE.— Te respondo con palabras sinceras: nada hay que yo más quiera o menos quiera. Cumplir con mi función es la única posibilidad que tengo. Y precisamente es a eso a lo que vengo. Realmente lo siento. Pero tendré que llevarme a los cuatro. Y, uno por uno, verás cómo en poco tiempo te los arrebato.

68 JUANA.— ¡No! Manuel y yo no soportaremos tanto dolor. Son el fruto genuino de nuestro amor.

(Juana se larga a llorar desconsoladamente y la Muerte sale).

Escena 5

(Manuel llega a los pantanos, al escondite donde se guarecían Juana y los niños).

MANUEL.— Juana, el ejército realista no se detendrá hasta lograr tu captura. Quiero llevarlos adonde tu vida y las de los niños estén seguras.

JUANA.— *(Sollozando)*. Manuelito y Mariano no pudieron soportar estos pantanos. El temible paludismo se los ha llevado.

MANUEL.— ¡La guerra nos los ha robado!

(Juana y Manuel lloran desconsoladamente y se abrazan).

MANUEL.— Dejemos a Juliana y Mercedes a salvo con amigos que las cuiden, y luchemos como el recuerdo de nuestros dos hijos muertos nos pide.

(Juana y Manuel besan y abrazan a las dos niñas, las dejan en brazos de una mujer y vuelven al combate).

Escena 6

(Juana y Manuel descansan junto a sus armas. Llega la mujer que quedó a cargo de las niñas).

70 MUJER.— (Con lágrimas en los ojos y desesperación en la voz). Mercedes y Juliana ya no habitan en sus cuerpos; las dos niñas han muerto. El paludismo y la disentería han extinguido sus vidas.

MANUEL.— ¡Ay, ay, ay, qué golpe! ¡Mamma mia!

(Juana y Manuel se abrazan y lloran).

MANUEL.— ¡Qué pena tan fuerte! ¡A nuestros cuatro hijos se los llevó la muerte!

JUANA.— Tengo miedo de que el dolor me paralice. No sé si podré seguir combatiendo como hasta ahora hice.

MANUEL.— Yo no sé si podré volver al campo de batalla ni sostener una lanza ni empuñar un arma, todo me agobia, me desalienta y me cansa.

JUANA.— No sé si podré mantener la espalda erguida, si mis manos no caerán vencidas, si la sangre seguirá circulando por mis venas, si mi corazón

no se apagará de pena, si mis piernas me mantendrán de pie, si podré volver a combatir con fe.

(Entra el General, se oculta y escucha hablar a Juana y Manuel).

JUANA.— Nuestra pena es mucha.

MANUEL.— Tal vez nos impida proseguir la lucha.

71

(El General da unos pasos y sale un momento de su escondite. Juana y Manuel están abrazados y no lo ven. Entra el Soldadito, se oculta y escucha hablar al General).

GENERAL.— Me parece que por fin esta vez Juana y Manuel sufrieron un duro revés. Gracias a las enfermedades de los pantanos, han sido totalmente derrotados.

(El Soldadito da unos pasos y sale de su escondite. Juana y Manuel siguen abrazados y tampoco lo ven).

SOLDADITO.— *(Al General).* Mientras Juana y Manuel tengan aliento en sus pulmones, podrán superar con creces todas sus aflicciones.

(El Soldadito y el General salen).

(Manuel y Juana están paralizados. Entran muchos niños y niñas. Intentan despertarlos y les tiran de la ropa para llamar su atención).

72

NIÑOS Y NIÑAS.— *(Exclaman)*: ¡Lo que ha sucedido es un verdadero horror! Y sentimos una gran congoja por su dolor. Pero nosotros también podríamos ser sus hijos y de algún modo lo somos. ¡No queremos cargar más servidumbre sobre nuestros lomos! ¡No se rindan! ¡No se rindan! ¡No se rindan! ¡No dejen que la chispa de la libertad se extinga! ¡No nos abandonen en las manos mezquinas del tirano! ¡No permitan que nos trate como si fuera nuestro amo!

(Juana y Manuel reaccionan y salen del estado de parálisis).

JUANA.— Los hijos de nuestra sangre han muerto, pero siguen vivos. Ahora más que nunca lucharemos hasta el triunfo definitivo.

MANUEL.— ¡Seremos mejores combatientes y aún mucho más valientes!

(Entra el General, acompañado por soldados realistas, y, al mismo tiempo, entran compañeros de combate de Juana y Manuel).

GENERAL Y SOLDADOS.— Nosotros somos soldados realistas porque la realeza es nuestra dueña. Ya van a ver esos petardistas lo que nuestro ejército les enseña. Nosotros somos realistas, pero no queremos aceptar la realidad. Por más que la tengamos a la vista, nunca reconocemos la verdad. Pues creemos que verdad hay una sola y es la que sostiene nuestro rey. Por eso, a punta de cañón y de pistola, haremos que se cumpla nuestra ley.

73

(Disparan toda clase de armas de fuego contra Juana, Manuel y sus compañeros).

JUANA, MANUEL Y SUS COMPAÑEROS.— Nosotros somos idealistas y luchamos por la libertad. Nunca fuimos belicistas ni tuvimos formación militar, pero tenemos un entusiasmo imparable

y fuerzas que renacen sin cesar. No existen balas ni sables que tuerzan nuestra voluntad. Nosotros somos idealistas porque los ideales son nuestros dueños. Nuestras fuerzas están siempre listas para hacer realidad el mejor sueño.

74 *(Avanzan con arcos y flechas, cuchillos, hondas, espadas y lanzas hacia los realistas).*

GENERAL Y SOLDADOS.— Al Rey le debemos obediencia, al Rey y a sus ansias de poder. No nos importa si es justo lo que piensa, su corona queremos defender.

JUANA, MANUEL Y SUS COMPAÑEROS.— Queremos lograr la independencia, hartos de que nos tengan maniatados. No buscamos ninguna conveniencia, solo ansiamos dejar de ser esclavos.

Escena 7

(Hay mucha gente reunida. Juana habla para todos con pasión. Su figura deja ver que está embarazada).

JUANA.— Pido encarecidamente a la totalidad de la población, aborígenes, criollos, varones y mujeres sin distinción, que no baje los brazos ni se dé por vencida. Porque, sin libertad, ¿de qué vale la vida?

75

POBLADORES.— ¡Juana, Juana, Juana, Juana! ¡Sos nuestra Pachamama! Por eso todo el pueblo te ama.

(Los pobladores salen. Juana se reúne con Manuel).

JUANA.— Mi amor, después de esta batalla vendrá otra, y otra, y otra.

MANUEL.— Habrá algunas victorias y tal vez, también, derrotas.

JUANA.— Ignoramos cuándo será el combate final.

MANUEL.— Pero sabemos que la libertad tiene que triunfar.

JUANA.— Y ahora es muy fuerte mi convicción, porque una nueva vida late en mi interior.

(Manuel le pone por un instante la mano sobre el abultado abdomen y sale. Entra el General. Entra también el Soldadito y permanece a un costado observando, sin que ellos lo vean. Juana y el General entablan un diálogo vertiginoso mientras se baten con espadas).

76

GENERAL.— Juana, serás nuestra prisionera.

JUANA.— Más quisieras.

GENERAL.— Mi gobierno no te quiere.

JUANA.— Eso no me va ni me viene.

GENERAL.— ¡Basta, Juana, date por muerta! ¡Aunque te escondas, serás descubierta!

(El Soldadito se acerca a Juana y al General. Toma la mano del General y le hace caer la espada).

SOLDADITO.— *(Al General)*. ¿Qué es eso de que será descubierta? ¿No ve que es una mujer muy despierta? ¿A usted qué le pasa? ¿Tiene complejo de Cristóbal Colón? ¿Quiere ir por ahí descubriendo tierras de sopetón? ¿Adónde quiere llegar? ¿Adónde? Es imposible encontrar a Juana cuando ella se esconde.

GENERAL.— Callate, Soldadito de pacotilla. ¿O quieres ver cómo mis fusiles te cepillan?

SOLDADITO.— Sea sensato y no me amenace; mejor, preste atención a lo que hace. Usted es un personaje de ficción y no puede hablar sin ton ni son. ¡Haga el favor de atenerse al libreto o se va a ligar un flor de reto! ¡No se haga el opa; vaya con su tropa y prepare rápidamente todo! ¡Y por favor se calla! Habrá una batalla entre los godos y el valiente ejército patriota.

77

GENERAL.— *(Totalmente desconcertado)*. ¿Pero... quiénes son los godos?

SOLDADITO.— Su personaje es un godo. ¡Usted!

GENERAL.— *(Toma un espejo y se mira)*. ¿Yo un godo? ¡Pero si soy flaco! ¡Qué tonto bicharraco!

SOLDADITO.— ¿Qué le pasa? ¿Está sordo? ¿Quién habló de gordo? Usted hace el papel de godo. Y si no sabe qué es, tome un libro de una buena vez, un buen libro de Historia que le explique todo. Y así se entera de quién es usted y de quiénes son los godos.

(El Soldadito sale).

GENERAL.— ¡A Juana hay que apresarla de una buena vez! ¡La odio de la cabeza a los pies!

Escena 8

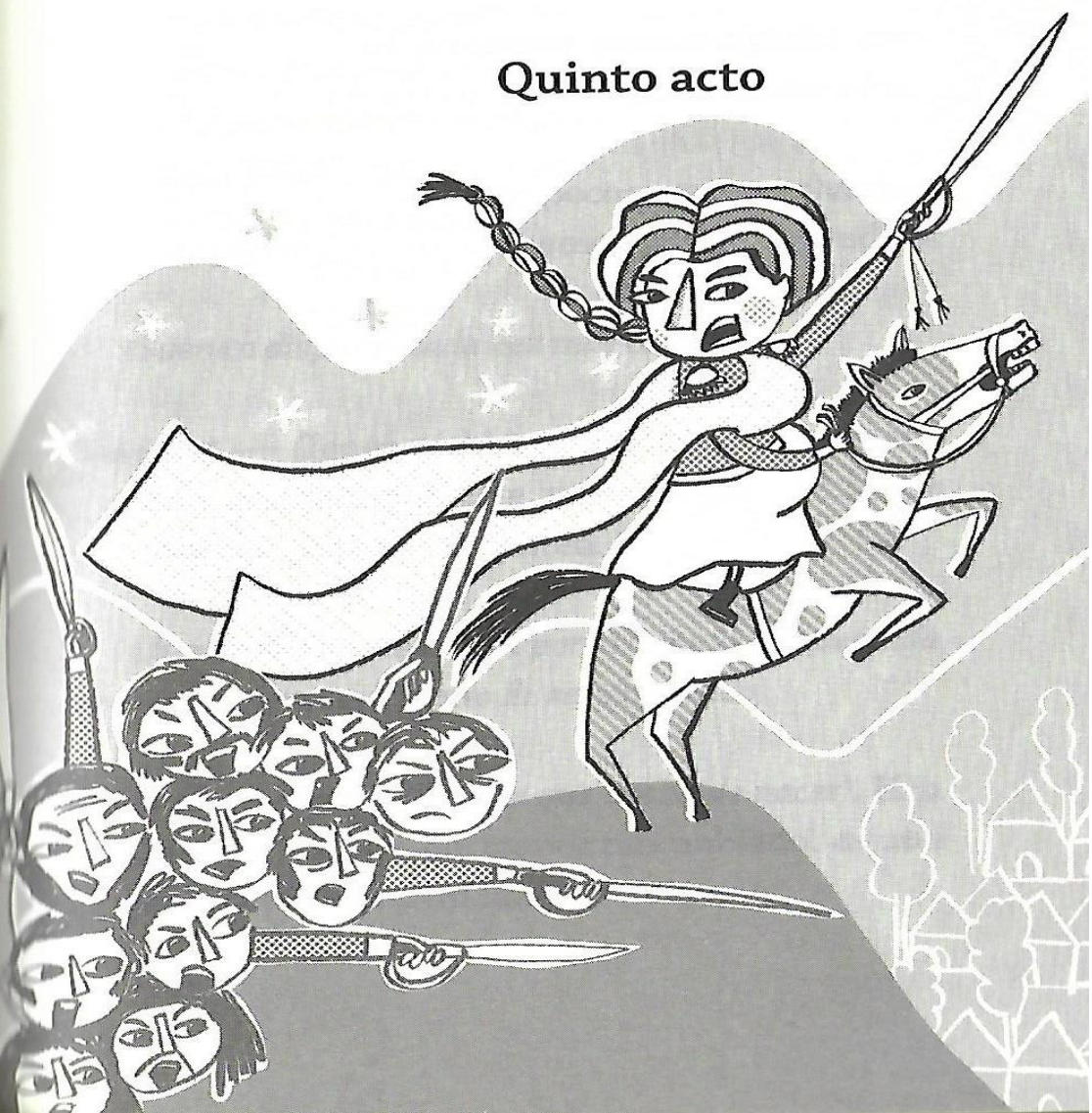
(Juana, envuelta en un chal azul, cabalga, espada en mano, en medio de un combate al lado de Manuel).

78 GENERAL Y SOLDADOS REALISTAS.— *(Mientras se lanzan contra el ejército patriota). ¡Somos los defensores de la corona real! ¡Y todos sus enemigos perecerán!*

JUANA, MANUEL Y COMPAÑEROS.— *(Mientras se lanzan contra el ejército realista). ¡Somos el baluarte de la libertad! ¡Y sabemos que no nos vencerán!*

(Hay algunas breves situaciones de combate que se suceden como relámpagos y todos se retiran).

Quinto acto



ACTRIZ.— ¡Veremos algunos hechos de gran trascendencia en la lucha de Juana por la independencia!

Escena 1

(Juana y Manuel descansan junto a algunos compañeros. Juana advierte que está a punto de dar a luz).

81

JUANA.— Manuel, falta muy poco para que volvamos a ser padres. Siento una emoción muy grande.

(Suenan disparos cada vez más cerca).

MANUEL.— ¡Tenés que huir, Juana, y dar con un buen escondite! A este nuevo regalo del amor no quiero que nos lo quiten.

(Juana sale acompañada por otra mujer. Enseguida se escucha un suave llanto de recién nacido).

JUANA.— *(Abraza a la hija que acaba de nacer).* Hija querida, en este horizonte tan nublado, es una alegría tenerte a mi lado.

(Juana descansa junto a su beba. Llega Manuel).

MANUEL.— *(Toma a la niña en brazos y la besa).*

Pequeña Luisa, hija querida, soy tu padre; ahora también te tengo a ti como estandarte. Ojalá pueda verte crecer en libertad, sin que te sometas a una injusta autoridad.

82

(Besa también a Juana y sale).

Escena 2

(Juana deja a Luisa en manos de una mujer).

JUANA.— Debo volver al campo de batalla, mi pequeña Luisa, y siento mucho tener que partir de prisa. Pero será solo una breve separación transitoria. Vendré a buscarte en cuanto logremos la victoria.

83

(El General la observa y la escucha sin que ella se dé cuenta. Y el Soldadito observa y escucha al General, también sin que este se dé cuenta).

GENERAL.— ¡Ja, ja, ja! Juana cree que conquistarán la independencia. ¡Pero a nosotros nadie nos vence en una competencia!

Escena 3

ACTOR.— Ahora veremos otro encuentro emocionante entre Juana, a la que todo el pueblo ama, y Manuel Belgrano, un gran comandante.

84 BELGRANO.— Estimadísima Juana, me complace darle la noticia: por sus excepcionales habilidades en la milicia, por su coraje sin par en el accionar militar, por su valentía como guerrera, por haber sido una adelantada en su era...

(Entra el General, irritado).

GENERAL.— *(A Belgrano).* ¿No puede acortar un poco esta parte? Esto es una obra de teatro, es arte...

BELGRANO.— ¡Estoy cansado de que usted me harte!

GENERAL.— Disculpe, pero yo tengo que decir mi parte. Esto es arte, no es una alabanza a una mujercita...

(Entra el Soldadito, furioso).

SOLDADITO.— ¡Qué mujercita ni qué mujercita! ¡Por favor, cierre esa boquita! O, mejor dicho,

no sea idiota y cierre esa bocota. ¡Tenga más respeto por una heroína que luchó para salvar a su tierra de la ruina!

BELGRANO.— (*Fulmina al General con la mirada y da al Soldadito una palmada amistosa en la espalda*). Por su tenacidad como luchadora, por no renunciar al sueño de una nueva aurora, por su capacidad en el campo de batalla, por su fuerza para mantener al enemigo a raya, por no haberle interesado la gloria ni la fama, por haber encarnado para tantos a la Pachamama, por todo esto y más, pedí a Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias Unidas, que la nombrara Teniente Coronela, en reconocimiento a su inmenso valor y al notable fervor con que ha dedicado su vida a la libertad que nuestros pueblos tanto anhelan.

SOLDADITO.— (*Al General*). ¡Juana Azurduy es Teniente Coronela! ¡Y si no le gusta, dígaselo a su abuela!

(*Entra un grupo de pobladores*).

POBLADORES.— Esta mujer es realmente tremenda. Siempre está lista para la contienda. Acaba de

dar a luz por quinta vez y sale a combatir unas horas después.

GENERAL.— En vez de jugar a la guerrera, esa mujer tendría que estar en su casa, barriendo pisos, pasando cera y pelando calabazas.

86 *(Juana, envuelta en un chal azul, cabalga, espada en mano, en medio de un combate al lado de Manuel).*

GENERAL Y SOLDADOS REALISTAS.— *(Mientras se lanzan contra el ejército patriota).* ¡Somos los defensores de la corona real! ¡Y todos sus enemigos perecerán!

JUANA, MANUEL Y COMPAÑEROS.— *(Mientras se lanzan contra el ejército realista).* ¡Somos el baluarte de la libertad! ¡Y sabemos que no nos vencerán!

JUANA.— ¡Basta de estar atados al yugo!

MANUEL.— ¡Ya nos sacaron demasiado el jugo!

GENERAL.— ¡Soldados, al ataque contra los insurrectos!

GENERAL Y SOLDADOS REALISTAS.— ¡Los vamos a matar como a insectos!

(Hay algunas breves situaciones de combate que se suceden como relámpagos y todos se retiran).

Escena 4

(Juana, Manuel y sus compañeros muestran signos de gran agotamiento; caminan con lentitud y como si cargaran muchísimo peso).

JUANA, MANUEL Y COMPAÑEROS.— ¡Por más que quiera, no avanzo! Necesito con urgencia un descanso.

87

(Se detienen, bajan la guardia, dejan las armas a un lado, bostezan, se relajan, dormitan. De pronto entran fuerzas realistas, los sorprenden y se lanzan sobre ellos).

GENERAL Y SOLDADOS REALISTAS.— ¡Este es un ataque sorpresa! ¡Y les vamos a cortar las cabezas!

(Se abalanzan sobre Juana, Manuel y sus compañeros, y comienza una desigual batalla).

JUANA.— *(Mientras se defiende de un furioso ataque).*
Deseamos tener una vida decente. ¡Por eso queremos ser independientes!

(Recibe una bala en un costado del cuerpo, hace un gesto de dolor pero se sobrepone y sigue luchando. Dos soldados realistas se lanzan sobre Juana. Manuel acude en su ayuda).

MANUEL.— ¡Juana, por favor, tenés que escapar!
¡Yo te cubro mientras huís de este lugar!

88 GENERAL.— *(Muy burlón)*. ¡Ah! ¡Manuel Padilla se sacrifica para salvar a su esposa! ¿Pero qué te creés, que esto es una novelita rosa?

JUANA.— ¡Manuel, por favor, no lo escuches!
¡Quiere distraerte para que no luches!

(Juana huye. Manuel se precipita sobre sus adversarios espada en mano y en ese momento alguien le dispara una bala por la espalda y cae muerto).

Escena 5

(La escena queda totalmente a oscuras).

JUANA.— ¡El amor de mi vida ha sido asesinado!
¡Mi corazón llora, destrozado! ¡Han dado muerte
a un hombre sin igual, a un luchador totalmente
excepcional!

89

*(Juana tiene el rostro entre las manos y llora. Se
seca las lágrimas. Toma a Luisa en brazos).*

JUANA.— Luisa, hija querida, han dado muerte a
tu padre. El dolor de mi corazón es una puñalada
que arde.

(Entra un grupo de niñas y niños).

NIÑAS Y NIÑOS.— Juana, sabemos que mataron
a tu esposo y lo ocurrido es más que espanto-
so. Nos unimos por completo a tu dolor, que
no conoce ningún amortiguador. Pero te pedi-
mos que no te des por vencida, y que defiendas
nuestra dignidad y nuestras vidas.

(Los niños y niñas salen. Juana llora. Entra el Soldadito).

90 SOLDADITO.— (Se arrodilla ante Juana y le toma una mano). Por favor, permítame acompañarla en la acción, unirme a su ejército y estar a su disposición. Pondré en la lucha todo lo que pueda y lo que sé. Y lo mucho que ignoro, lo iré aprendiendo de usted.

(Entra el General).

GENERAL.— ¡Soldadito, sos un demente! Y no de mente clara, precisamente. Las pavadas que decís no me conmueven. ¿No sabés que estamos en el siglo XIX? ¡Y vos sos del siglo XXI! Que te metas en esto es absurdo e inoportuno. ¡Fuera de aquí ya mismo! ¡Fuera! ¡Volvé a tu época y dejate de tonteras!

SOLDADITO.— (Al General). Mire, generalito, voy a ser sincero, su nivel cultural es... ¡cero! ¿No sabe que esto es una obra de teatro y que, al menos por un rato, si quiero viajar al pasado, ¡puedo!?

GENERAL.— (Irritado). ¡Ahora no me venga con

idioteces y cuentos! Usted mismo me dijo antes que había que atenerse al libreto, respetar cada letra del texto y no hacer inventos. ¡No haga innovaciones, si no quiere convertirse en esqueleto!

SOLDADITO.— Yo me refería a la letra viva. ¡No a la letra muerta! ¡A ver si aprende algo y tiene la cabeza más abierta!

GENERAL.— (*Totalmente exasperado*). El que va a terminar con la cabeza abierta es usted, ¡se la voy a romper contra una pared! Aténgase al texto que le dieron y no confunda a sus compañeros.

SOLDADITO.— Cállese un poco y escuche a Juana. Vea cómo el pueblo la aclama.

JUANA.— El enemigo pelea por afán de poder y de riqueza. Nosotros luchamos para ser libres de los pies a la cabeza.

POBLADORES.— ¡Juana es como la Pachamama! Nos protege y nos cuida. Y cuando tenemos dificultades, nunca nos olvida.

JUANA.— Ellos obedecen ciegamente a otra persona solo porque lleva puesta una corona. Nosotros seguimos nuestro pensamiento y el sentir del corazón. Y eso nos dota de una fuerza que no tiene parangón.

POBLADORES.— ¡Juana, Juana, Juana, sos nuestra Pachamama! ¡Por eso todo el pueblo te ama!

GENERAL.— (*Al Soldadito*). ¿La Pacha qué? ¿La Pacha qué? ¿La Pacha qué?

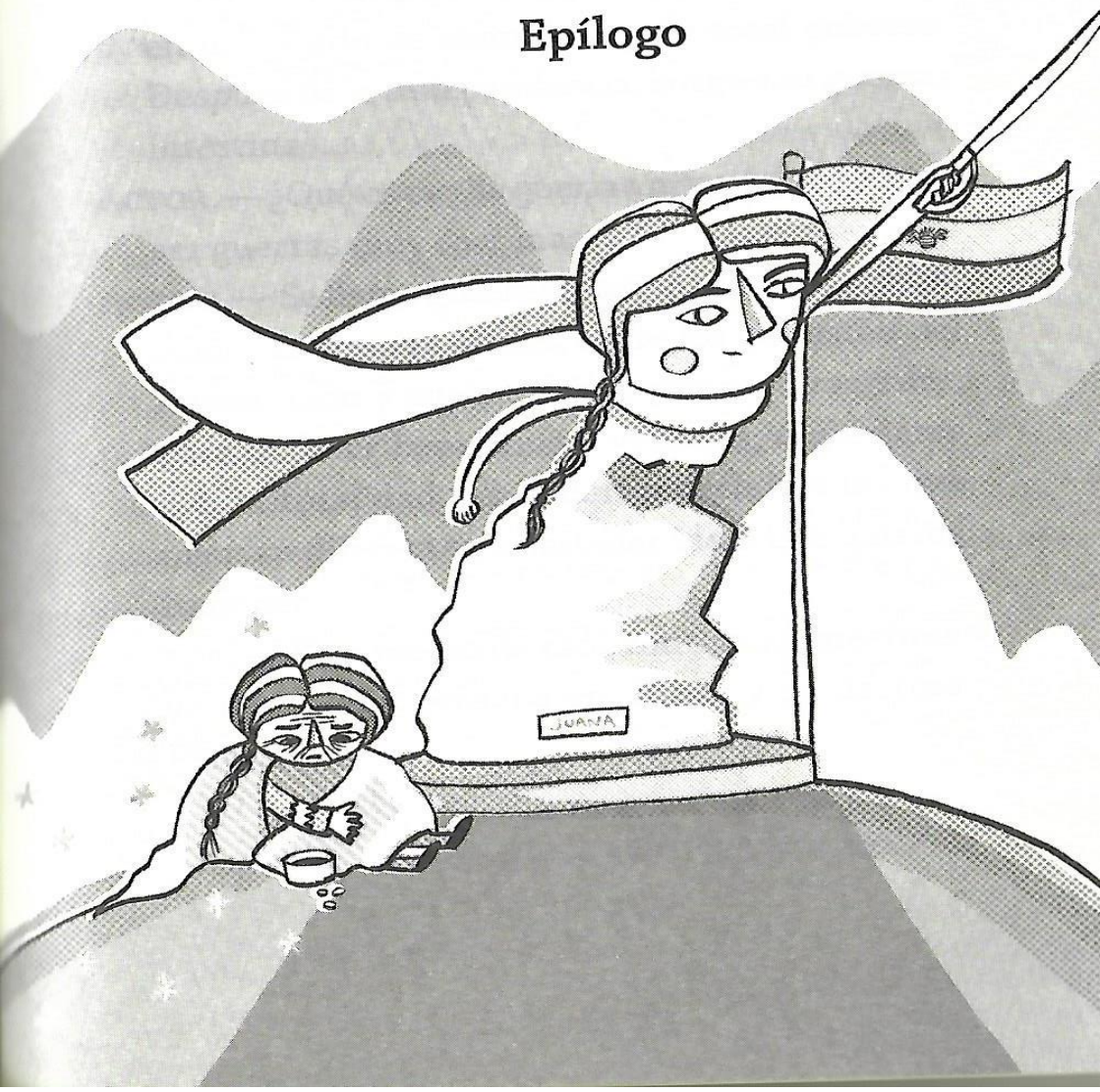
SOLDADITO.— ¡Deje de repetir todo el tiempo lo mismo o me lo voy a comer crudo en un ataque de canibalismo absoluto, imparable y agudo!

92 Vea, generalito, creo que a esta altura, si sabe tan poco de este lugar y su cultura, tendría que dedicarse más a la lectura sobre las costumbres de esta tierra, ¡y menos a la guerra!

JUANA.— Combatimos a los que por su origen tienen muchos beneficios y privilegios, y nos obligan a vivir prestándoles servicio. Nos ahogan con sus enormes impuestos y solo nos dan unas pocas migajas y restos. Mientras nos rijan las leyes coloniales, viviremos en medio de terribles males.

POBLADORES.— ¡Juana, Juana, Juana, sos nuestra salvadora! ¡Por eso todo el pueblo te adora!

Epílogo



ACTOR.— Tanto en la vida de Juana como en la de su suelo pasó el tiempo y hubo acontecimientos nuevos. Ella siguió luchando y vio cómo se declaraba la independencia, pero ya era una mujer mayor y vivía en estado de indigencia.

ACTRIZ.— Lo había dado todo, su felicidad personal, su energía y su riqueza, y se encontraba en un estado de abandono y de total pobreza. Después de la independencia, surgieron guerras intestinas...

ACTOR.— ¿Qué es eso de guerras intestinas? Debían ser guerras muy cochinas.

ACTRIZ.— Se llama guerras intestinas a las internas, como las guerras civiles, entre los que están del mismo lado y suelen pelear por motivos viles, para obtener beneficios o ventajas, o quedarse con la totalidad del poder, o excluir a los que piensan diferente y enarbolar ideas que quieren imponer.

ACTOR.— Y en medio de esos conflictos intestinos ya casi nadie pensaba en Juana y su destino. Pero...

Escena 1

96

SOLDADITO.— Veremos ahora cómo hacen su ingreso dos hombres de gran valor y mucho seso. Uno es áspero con sus enemigos y con sus amigos, un almíbar. Se llama nada más y nada menos que Simón Bolívar. El otro es Antonio José de Sucre, que había luchado mucho por la libertad de Bolivia y el logro de su independencia, finalmente concretada en 1825 con la batalla de Ayacucho, y que en ese momento estaba a cargo de la Presidencia.

BOLÍVAR.— Juana, le diremos algo con toda sinceridad.

SUCRE.— Usted se merece un monumento por su lucha infatigable por la libertad.

JUANA.— (*Se la ve envejecida*). Les agradezco muchísimo tan noble pensamiento. Pero hay algo que en estos días sería mucho mejor, sobre todo porque ya soy una mujer algo mayor.

BOLÍVAR.— Usted merece todo nuestro aprecio, respeto y admiración.

SUCRE.— Le daremos lo que nos pida como una pequeña reparación a tanto agravio, tanto insulto,

tanta injuria y tanta ofensa, tanto olvido y tanto ultraje, tanta humillación e indiferencia.

JUANA.— Me han confiscado las tierras que eran mi única riqueza; soy pobre y ya no tengo nada que poner sobre la mesa. Por la causa de la libertad di hasta mi último peso, y en la actualidad carezco por completo de ingresos.

BOLÍVAR.— Esto es injusto y lo lamento de todo corazón. Por eso le pedí al gobierno que le diera una pensión.

SUCRE.— Pensamos que sería una muy buena noticia, sobre todo porque será una pensión vitalicia.

JUANA.— Ustedes son verdaderos amigos y les estoy muy agradecida, esta pensión será de gran ayuda en la última etapa de mi vida.

ACTOR.— Pero con el paso del tiempo y nuevos desacuerdos internos, la pensión de Juana no entró en los planes de los sucesivos gobiernos.

ACTRIZ.— ¡Olvido y desamparo se abaten sobre ella! De las promesas que recibió, no queda ni una huella.

Escena 2

(Juana ha seguido envejeciendo. Camina con dificultad y se acerca a un funcionario sentado ante un escritorio).

JUANA.— Por favor, présteme un minuto de atención.
Hace mucho tiempo que no recibo mi pensión.

98

(El funcionario firma papeles y ni siquiera levanta la vista).

FUNCIONARIO.— No puedo atender una pequeñez como esa. Tengo muchos asuntos sobre la mesa.

JUANA.— *(Con ironía)*. Disculpe la molestia; siga con sus asuntos, por favor, siga. A mí me pasa al revés: sobre la mesa no tengo ni una miga.

ACTRIZ.— Así fue como Juana terminó sus días sola y pobre como una mendiga, olvidada por los sucesivos gobiernos que en los últimos momentos de su vida la sumieron en un crudo invierno.

ACTOR.— Juana murió el 25 de mayo de 1862 en un estado de pobreza atroz. Hasta su tumba la acompañaron un niño y también algunos pocos indios.

ACTRIZ.— Pero ahora veamos qué sucede en esta escena que tiene lugar muchos años después. Cuando todos creían terminada su vida terrena, la incansable luchadora vuelve una y otra vez.

Escena 3

100

FUNCIONARIO 1.— A esta calle la llama... (*Mira a su alrededor buscando algo*), la llama... (*Vuelve a mirar a su alrededor*). La llama de la memoria la iluminará por siempre y por eso la llama... (*Vuelve a mirar a su alrededor buscando algo, esta vez con mucha ansiedad*). La llama... (*A los gritos*). ¡Secretaria, la llamo! (*Se le acerca una mujer y le dice algo al oído*). La llamaremos Juana Azurduy, como homenaje a esta mujer que siempre brilló por su coraje.

FUNCIONARIO 2.— En este acto público impondremos a esta avenida el nombre de Juana Azurduy porque dio su vida a la lucha por la independencia y la libertad con sincera gratitud y bla bla bla y bla bla bla... y reconocimiento bla bla bla y bla bla bla.

FUNCIONARIO 3.— (*Ante una estatua cubierta por una tela*). A partir de hoy nuestra ciudad severa... (*Una mujer con un cuaderno en la mano tose estruendosamente y el funcionario se sobresalta*). Nuestra ciudad severa... ¡Se verá enaltecida por este momento! (*La mujer tose*). Eh, por este

momento... ¡Por este monumento que tierniza en el mármol...! (*La mujer avanza hacia él y le sostiene el cuaderno abierto delante de sus narices*). Que tierniza en el mármol... (*La mujer le da un fuerte codazo*). ¡Que eterniza en el mármol a una gran mujer que con su incansable voluntad contribuyó a forjar los desatinos...! (*La mujer tose, le deposita el cuaderno entre las manos y se va*). Los desatinos de la patria... ¡los destinos de la patria!

101

(Se escuchan fuertes aplausos. De inmediato todos quedan congelados y entra Juana, con aspecto de mujer joven).

JUANA.— Todos me elogian... cuando ya me fui. ¿Estarán a tiempo de algún aprendizaje? Ahora me rinden homenajes, ¡a mí, que nunca me rendí! Mi recuerdo los pone contentos ¡y hasta me erigen monumentos! Antes solo me dieron su mezquindad enorme y me quisieron callar. ¡Y ahora hay calles que llevan mi nombre en más de una ciudad! Soy un testimonio viviente de que a la libertad presté servicio y lo seguiré prestando siempre. Yo no quiero emitir juicios ni dictar

condenas. Solo quiero que vivamos sin esclavos y amos, con más alegría y menos penas.

(Todos cantan).

102

Por tu increíble tenacidad como luchadora,
por no renunciar al sueño de una nueva aurora,
por tu capacidad de sobreponerte al dolor,
por entregarlo todo para cumplir tu misión,
por seguir adelante sin tener miedo a la muerte,
por ser sensible y tierna y, al mismo tiempo, fuerte,
por tu fidelidad, tu coraje y tu osadía,
por luchar con los más humildes, codo a codo,
aunque nada te faltara y lo tuvieras todo,
por no haberte interesado la gloria ni la fama,
por haber encarnado para tantos a la Pachamama,
por todo esto y mucho, mucho, mucho más,
te amamos, Juana, y nunca morirás.

(Telón).

Adela Basch

Autora

Adela, a la que muchos amigos llaman Dolly, nació en Buenos Aires en el preciso instante en que vino al mundo y siempre vivió en esa ciudad, salvo en los momentos en que se ausentó de ella. Estudió Letras y se recibió no bien completó sus estudios. Escribe cuentos, poemas y obras de teatro. En el caso de sus obras de teatro, siempre se han estrenado, invariablemente, después de que las terminara de escribir. Entre sus libros publicados se encuentran: *Saber de las galaxias y otros cuentos*, *El planeta de los aljenfios*, *Oiga, chamigo Aguará*, *En los orígenes, los aborígenes*; en Santillana, *¡Contemos uno, dos, tres y vayamos a 1810!*, *Colón agarra viaje a toda costa*, *¡Que sea la Odisea!*, *Las empanadas criollas son una joya*, *Belgrano hace bandera y le sale de primera*, *En estas hojas detallo cómo llegó el 25 de Mayo y José de San Martín, caballero del principio al fin.*

103